

EL ENVENENAMIENTO DE LOS NATIVOS

(ARTÍCULO DE HO CHI MINH)



El apreciado señor Sarraut, antiguo ministro radical de las colonias, “padrecito” de los nativos (según decía), adoraba a los anamitas y ellos lo adoraban a él.

Para inculcarles la civilización francesa, cuyo principal agente era, no se arredraba ante nada, ni siquiera ante la infamia o el crimen. Aquí está la prueba: es una carta que dirigió a sus subordinados en calidad de gobernador general de Indochina y para hinchar los bolsillos de los bandidos coloniales y los suyos propios:

Sr. Residente,

De acuerdo con las instrucciones del Director General de Impuestos, tengo el honor de rogarle sea tan amable de contribuir a los esfuerzos que hace mi departamento para establecer nuevas casas de alcohol y opio. Con este fin, me tomo la libertad de enviarle una lista de las casas que se deben instalar en los pueblos que se mencionan, la mayor parte de los cuales se encuentra totalmente carente de alcohol y opio. A través de los gobernadores de Cambodia y los jefes de los pueblos, su gran influencia puede utilizarse con éxito para lograr que algunos pequeños comerciantes nativos se den cuenta de las ventajas de participar en algunos negocios adicionales. Por nuestra parte, los agentes del servicio activo tratarán de establecer los acuerdos correspondientes durante sus giras, a menos que usted prefiera, Sr. Residente, que esperen hasta que usted haya actuado con las autoridades, a fin de que apoyen su acción, en cuyo caso le ruego sea tan amable de informármelo. Sólo por medio de un completo y constante entendimiento entre su administración y la nuestra obtendremos los mejores resultados, para el mayor beneficio de la Tesorería.

Existían en este momento 1500 casas de alcohol y opio para mil pueblos, cuando sólo había 10 escuelas para el mismo número de localidades. Antes de esta famosa carta, ya los 12 millones de nativos –incluyendo mujeres y niños- habían sido obligados a ingerir 23 ó 24 millones de litros de alcohol por año…

“¡Dejemos que Francia mire y se enorgullezca!”, exclamó Albert Sarraut en la Exhibición Colonial de Marsella. Allí, en efecto, junto a los majestuosos caimanes de África occidental, los camellos de Túnes bostezan filosóficamente, y amigables cocodrilos de Madagascar charlan familiarmente con augustas vacas de Indochina. Nunca hubo entendimiento tan perfecto, y frente a la pacífica invasión de la fauna colonial, la legendaria sardina de Vieux-Port sonríe graciosamente como buena anfitriona.

Los visitantes examinan con marcado interés el histórico sillón de cierto gobernador general, la espada de administrador con la cual el residente Darles punzaba los muslos de los detenidos tonquineses, y la antorcha con la cual el administrador Bruére quemó vivos y más de 200 nativos houassa.

El pabellón del Camerún atrae particularmente la atención. Se puede ver ahí un tablero que ostenta estas palabras patrióticas: "Los alemanes llevaban grandes cantidades de alcohol al Camerún. Los franceses prohibieron su uso."

Sin embargo, bajo este tablero la mano juguetona ha pegado una copia de la carta de Albert Sarraut sugiriendo a sus subordinados incrementar el número de casas de alcohol y opio en los pueblos anamitas, añadiendo la siguiente inscripción: "Entretanto, los anamitas ya tienen 10 escuelas y 1500 casas de alcohol y opiop para 1.000 pueblos."

Un hecho significativo referente a un funcionario que se encontraba a cargo de la provincia de son Tay en Tonkín: en esta provincia había una población estimada de 200 mil habitantes. Para las necesidades de la causa, cuando se planteó la cuestión de incrementar el consumo, esta población aumentó con súbita rapidez: se elevó a 230 mil habitantes. Pero ya que estos 230 mil habitantes consumían demasiado poco, el residente de Son Tay se las arregló para obtener al final del año un consumo de 560.000 litros de alcohol. Asegurada su porción, se le felicitó.

El señor de C asegura que otro residente le mostró una carta de sus superiores jerárquicos en la cual se establecía: "El consumo de alcohol en la prefectura X ha caído a menos Z por persona registrada. ¿No le parece a usted que es necesario dar un ejemplo?" El residente tuvo entonces que cumplir sus obligaciones, convocar a los notables y explicarles que si consumían tan poco era porque se dedicaban al contrabando; y los habitantes del pueblo, para que se les dejara en paz, tuvieron que comprar inmediatamente la cantidad oficial de alcohol, proporcional al número de habitantes, que los estimados oficiales les querían imponer.

De hecho, aunque no legalmente, se estipulaba el consumo anual de cada nativo. Y cuando decimos cada nativo, no se debe olvidar que esto no significa únicamente los nativos adultos; esto significa la totalidad de la población, significa ancianos, mujeres y niños, incluso los lactantes; los padres se ven así en cierta forma obligados a colocarse en lugar de sus hijos, consumiendo no uno, sino dos o tres litros de alcohol.

Los habitantes de un pueblo de Tonkín, dándose cuenta que eran forzados a consumir debido a la amenaza que pendía sobre ellos, se acercaron a su funcionario europeo: "no tenemos ni siquiera para comer."

El funcionario contestó: "ustedes están acostumbrados a comer tres raciones de arroz al día; pueden eliminar una de ellas, o si es necesario una y media para poder consumir el alcohol del gobierno."

Hasta ese momento, los consumidores nativos estaban acostumbrados a obtener alcohol en pequeñas cantidades, y a llevarlo en cualquier recipiente. Pero se estableció un sistema de botellas cerradas. Sólo se podía distribuir el alcohol en

botellas oficiales de medio o de un litro. Los anamitas estaban acostumbrados al alcohol de 20 ó 22 puntos de graduación; se les impuso alcoholes de 40 a 45 puntos de graduación. Estaban acostumbrados a beber alcohol con cierto agradable sabor empireumático, debido a la cantidad de materias primas que usaban, entre las cuales estaba la clase más delicada de arroz. La droga que obligan a ingerir ahora a los anamitas está fabricada con arroz corriente e ingredientes químicos y tiene mal sabor.

Los monopolios emitieron una circular para indicar a sus empleados que debían añadir agua al alcohol en venta: había que añadir 8 litros de agua a cada hectolitro de alcohol. Se pensó que como se vendían diariamente 500 hectolitros de alcohol en Indochina, se requerían 4.000 litros de agua y que éstos, a 30 céntimos por día, representaban 1.200 piastras diarias y 36.000 piastras al mes, o sea, un pequeño beneficio ¡de 432.000 piastras o 4 millones de francos al año!

Así, el alcohol que se fabrica y se vende en Indochina no corresponde ni a la graduación ni al gusto de los nativos, y se les tiene que imponer por la fuerza.

La administración, presionada por una constante necesidad de dinero para poder enfrentar los crecientes gastos del gobierno general en grandes préstamos y construcciones militares, y por la necesidad de encontrar, ya que no ocupación real, por lo menos salario para una multitud de funcionarios impuestos por París, utiliza todos los medios para inducir a los funcionarios y agentes, desde el residente hasta los empleados más humildes del estado, a que incrementen el consumo de alcohol.

La Cheka ha extraído este artículo del libro *Escritos políticos* de Ho Chi Minh. Cuba: Editorial Ciencias Humanas, 1973.